

ALFONSO JUNCO

Neoleonés, nació en Monterrey el 25 de febrero de 1896. Falleció en la ciudad de México el 13 de octubre de 1974.

Poeta, historiador, periodista. Autor de acendrado catolicismo, ha defendido con energía y vehemencia sus ideales en innumerables artículos y libros, así como en la tribuna, en la que descuella. Académico de la lengua.

Algunas de sus obras son las siguientes: *Por la senda suave*; *El alma estrella* (1920 y 1936); *Posesión* (1923); *Iturbide* (1924); *La traición de Querétaro ¿Maximiliano o López?* (1930); *Cristo* (1931); *Cosas que arden* (1934); *Crítica del marxismo desde el punto de vista político* (1934); *Motivos mexicanos* (1933); *Un radical problema guadalupano* (1932); *Lope ecuménico* (1935); *Carranza y los orígenes de su rebelión* (1935); *Un siglo de México* (1937); *Savia* (1939); *El difícil paraíso* (1940); *Sangre de Hispania* (1943); *Defensa de la madre* (1943); *Cosas que arden* (1947); *Egregios* (1944); *Los ojos viajeros* (1951); *Florilegio eucarístico*; *Los evangelios y Tolstoi*; *Voltaire*; *Gente de México*; *Desfanatizado*; *Novedad en la Academia* (1953); *La ola de jango* (s.d.); *Un poeta de cosas* (1950); *El amor de Sor Juana* (1951); *Inquisición sobre la inquisición* (1956); *México y los refugiados* (1959); *Othón en mi recuerdo* (1959); *Juárez intervencionista* (1961); *Controversia con don Antonio Caso* (1966); *El increíble Fray Servando* (1959); y numerosos artículos en los diarios capitalinos y de provincia, así como en revistas como *Abside*, de la que es actualmente director. Ha prologado y traducido abundantes obras ajenas.

Fuente: Alfonso Junco. *El milagro de las rosas*. 2a. ed. México, Editorial Jus. S. A., 1958. 144 p. (Figuras y episodios de la historia de México No. 49), p. 11-17.

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

Toma Cortés la ciudad de México en 1521. Diez años más tarde, cuando se inicia apenas la fusión de las dos razas y alborea penosamente la nacionalidad futura, en diciembre de 1531 la Virgen María muéstrase y le habla, por los senderos del Tepeyac a un indiecito de los más humildes. Hay un designio de infinita dulzura —y de advertimiento delicado— en la elección. Ante la arrogancia de los fuertes, levántanse los débiles y oprimidos a una inefable dignidad.

Pero —contra lo universalmente reiterado sin particular

advertencia— la Virgen no muestra aspecto ni color ni fisonomía de india. Tampoco de española. Es una suave combinación estilizada, un anticipo del mestizaje balbuciente, un preludio de la estirpe que ha de surgir.

Y así como en lo étnico, en lo espiritual. Ni es Virgen india, ni simplemente Virgen de los indios. Es la Virgen de México, la Virgen de la nacionalidad que amanecía. Fraternalizando en el prodigio, Zumárraga y Juan Diego trenzan un símbolo anunciador de la doble muchedumbre que ha de venir a unimismarse en el Tepeyac.

Dos contemporáneos nunca olvidables del suceso: el indígena don Antonio Valeriano y Bernal Díaz el conquistador, hacen llegar hasta nosotros sus voces encendidas. Valeriano, docto y preclaro alumno y profesor de Tlatelolco, escribe en elegante idioma náhuatl el relato príncipe: es el evangelista de esta buena nueva, y la dulzura de su *Nican Mopohua* llena de música y fragancia el corazón y los destinos de México. Bernal Díaz exclama, transportado, en su *Verdadera Historia*: “Y miren . . . la santa iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe que está en lo de Tepeaquilla, donde solía estar asentado el real de Gonzalo de Sandoval cuando ganamos a México, y miren los santos milagros que ha hecho y hace de cada día, y démosle muchas gracias a Dios y a su bendita Madre Nuestra Señora y loores por ello. . .”

Indios y españoles, humildes y encumbrados, pobres y abastecidos, acuden desde entonces a la ermita. No hay pugna allí ni exclusivismo, sino hermandad. Y así en 1556, en la célebre *información* levantada por el arzobispo Montúfar sobre el sermón del P. Bustamante, habla un testigo de “la gran devoción que toda esta ciudad ha tomado a esta bendita imagen, y los indios también, y cómo van descalzas señoras principales y muy regaladas, y a pie con sus bordones en las manos, a visitar y encomendar a Nuestra Señora, y desto los naturales han recibido gran ejemplo y siguen lo mismo”.

Poco después, por 1589, refiriendo Juan Suárez de Peralta la entrada del virrey don Martín Enríquez, apunta cómo “llegó a Nuestra Señora de Guadalupe, que es una imagen devotísima que está de México como dos legüechuelas, la cual ha hecho muchos milagros”. Y aunque no es su tema y va de prisa, añade: “Aparecióse entre unos riscos y a esta devoción acude toda la tierra . . .”

(*Tratado del descubrimiento de las indias*, Capítulo 41).

“Aparecióse entre unos riscos”: he aquí la alusión directa a la aparición.

“Y a esta devoción acude toda la tierra”; he aquí el renovado testimonio del plebiscito nacional. No sólo los indios; no sólo los españoles: toda la tierra.

* * *

Ello es en el propio siglo dieciséis. ¿Y en el diecisiete?

La gran inundación de 1629 hace que desde su ermita del Tepeyac se traiga a México el ayate, y que al devolverlo en 1634 se cante en las *Coplas a la partida*, cómo “son acá pintadas de humanas manos diversas” todas las otras imágenes, en tanto que en la tilma, “Vos, Virgen, sois dibujada del que hizo cielos y tierra.”

Y surge, mediando el siglo, la progresiva floración de los historiadores guadalupanos: Miguel Sánchez, Lasso de la Vega, Becerra Tanco, el Padre Florencia. Y vienen las jurídicas informaciones de 1666, en que indios longevos de Cuautitlán atestiguan lo que oyeron de sus inmediatos mayores, amigos de Juan Diego, y en que esclarecidos españoles dan fe de la antigua y universal tradición. No hay virrey que no acuda a rendir homenaje a la Señora. Llévala a sus remotas misiones del Noroeste el P. Kino, astrónomo y apóstol. Levántanse a decir sus alabanzas las voces más insignes de la centuria: Sandoval y Zapata, Sigüenza y Góngora, Sor Juana Inés . . .

* * *

Toca al siglo dieciocho proclamar el patronato. Es en 1737, mientras una gravísima epidemia consterna a la metrópoli, cuando ésta lleva su angustia al materno Tepeyac, y en un genuino plebiscito solemnizado por el Ayuntamiento y consumado con grandeza religiosa y civil, queda jurada nuestra Virgen por patrona de México.

Todo lo más florido en las ciencias y en las letras, aunado con la masa popular en una concordia genuinamente democrática, celebra el fervoroso acatamiento, del que nos dan reseña coetáneos eximios como el Padre Francisco Javier Alegre o don Cayetano de Cabrera y Quintero.

Quiérese luego que la jura sea de toda la nación y vanse sumando plebiscitos y cumpliéndose rigurosas prescripciones canónicas y jurídicas para rematar en 1746 con la solemnísimá proclamación del patronato sobre la totalidad de la tierra mexicana.

Miguel Cabrera, gran pintor, maravillase al analizar técnicamente la imagen y se deleita en reproducirla. Al forastero Boturini lo conquista el ambiente y lo hechiza la Señora, entrégase a la aventura obsesionante de congregar un estupendo tesoro documental sobre el prodigio, pone un airón romántico y novelesco en la centuria y se convierte en el caballero de la Virgen.

Los jesuitas inicualemente desterrados en 1767 —un Alegre, un Maneiro, un Cavo, un Abad, un Clavijero—, llevan a Europa, con el alma transida de melancólicas reminiscencias, su amor a México y a la Guadalupana. Fray Junípero Serra es mensajero de la Virgen en las remotas Californias, y por todos los rumbos la dispersa en sus aligeras sandalias el increíble Fray Margil de Jesús.

Y en las postrimerías del dieciocho (1794), la tormenta encrepada por un sermón extravagante de Fray Servando Teresa de Mier —aunque él protesta y jura que no niega la tradición, sino que tira a “defenderla y realizarla”—, pone en evidencia hasta qué punto la Guadalupana es la niña de nuestros ojos.

* * *

Así, a lo largo de los tres siglos del virreinato, el ayate es imán de indígenas y españoles, inspira el mestizaje de los cuerpos y de las almas, unifica la nacionalidad, recoge y aprieta el plebiscito de México.

* * *

Alborean, con el siglo diecinueve, las inquietudes de la insurrección. ¿Se esfumará, con la adhesión al virreinato, la adhesión a la Patrona? Al revés. Alma de la independencia es la Virgen de Guadalupe. Todos los campeones de aquella gesta que, sin exceptuar uno solo, ponen la religión como esencial cimiento de unidad y grandeza de la patria, toman por patrona a la Guadalupana, la yerguen como símbolo y la quieren con fuego.

Al amanecer el levantamiento, Hidalgo recoge y tremola en Atotonilco el estandarte de la Señora. Sus tropas se congregan y enardecen al grito de “¡Viva la Virgen de Guadalupe!” y en los sombreros portan la imagen venerada.

Morelos lleva en su ejército suriano el regimiento Guadalupe, que se destaca por su bravura; al triunfar en Oaxaca conduce a la Virgen en procesión militar desde la catedral hasta su santuario; y —contra lo que erróneamente cree don Ignacio

Manuel Altamirano en *Paisajes y leyendas*—, sí hace flamear como enseña en los combates la imagen de la Guadalupeana, ostentada también personalmente por él y por sus soldados. Y hace más: por bando solemne —11 de marzo de 1813—, declara “traidor a la nación” al que no rinda culto a la Virgen del Tepeyac.

Don Carlos María de Bustamante, compañero y fogoso colaborador de Morelos, muestra fervor extraordinario en su *Disertación Guadalupeana* y otros escritos de igual tema, y es él quien nos refiere que don Mariano Matamoros, cura de Janetelco, enardecido por las irreverencias que contra la imagen de nuestra Virgen cometieron allí ciertas tropas españolas, volvió a incorporarse en las filas insurgentes.

Luchador tenacísimo fue quien llevó su devoción al extremo de mudar su propio nombre por el de Guadalupe Victoria, en honor de la Virgen con la cual vinculaba su esperanza en el triunfo. Y, siendo más tarde el primer Presidente de la República, púsose el nombre de *Tepeyac* a una corbeta que adquirió la nación en 1825.

Don Vicente Guerrero, que ocupaba la Presidencia en octubre de 1829, hace traer las banderas arrebatadas en Tampico a la vencida expedición española de Barradas, y va a depositarlas solemnemente a los pies de la Virgen de Guadalupe, entre aclamaciones del gentío que —refiere Zavala— inunda la calzada de México a la Villa.

Finalmente, Iturbide, con aprobación del Congreso, funda en 1822 la Orden de Guadalupe, cuyos caballeros juran defender las bases del Plan de Iguala, insignia y concreción de la triunfante independencia. En la cámara de diputados tiene desde entonces y por muchos años sitio de honor una imagen de la Guadalupeana. Y, cuando abdica don Agustín, va a depositar su bastón de generalísimo en los altares de la Señora.

La Virgen de Guadalupe es, históricamente, el alma de nuestra independencia. Y Ella, por lo que significa de intimidad tradicional, de idiosincrasia vernácula, de baluarte de nuestros valores autónomos, sigue siendo, perpetuamente, el alma de nuestra independencia.

* * *

Vienen muy luego y se prolongan y ensañan las discordias fraticidas. ¿Alcanzarán al Tepeyac? No alcanzan. El propio Juárez cuando en horas de pugna y de pasión formula un calendario “Laico”, mantiene el 12 de diciembre como fiesta

oficial. Y es un heterodoxo descollante y un adalid de la Reforma, don Ignacio Manuel Altamirano, quien compulsa y confiesa en 1884, cómo a través de las etapas más convulsas de nuestra historia, tirios y troyanos se unimisman en el amor a la Guadalupana. La cual se identifica de tal suerte con la Patria que Altamirano llega a esta imperiosa conclusión: “El día en que no se adore la Virgen del Tepeyac en esta tierra, es seguro que habrá desaparecido, no sólo la nacionalidad mexicana, sino hasta el recuerdo de los moradores de la México actual.” (*Paisajes y leyendas, tradiciones y costumbres de México.*)

Otro célebre escritor, muy lisonjeado del liberalismo en gracia de sus peregrinas desviaciones, hablo del sacerdote don Agustín Rivera —hombre de mucho estudio y pintoresca singularidad, en quien curiosamente se barajan lo descentrado y lo certero—, no sólo acata en Nuestra Señora de Guadalupe a “la Madre de la raza india”, a “la Virgen de la Independencia y de la Patria”, sino que viene a calificar la creencia en su aparición como “muy sabia, sobre hechos muy graves, muy prudente, y apoyada en robustos fundamentos”.

(Quiero exhumar aquí el texto respectivo, que yace ignoto y polvoriento en un repliegue de *El Zempazúchil*, opúsculo con veinte párrafos “de muy diversos temas, impreso en Lagos en 1891. En nota al párrafo primero, critica don Agustín Rivera a los que aceptan falsos milagros y los divulgan como “creencias piadosas”, pues con ello “dan a conocer que no saben lo que son creencias piadosas, las cuales pertenecen a la ciencia de la teología” y nunca deben confundirse “con las creencias vulgares”: porque “en una religión ilustrada no ha de haber ni un renglón de vulgaridades”. Y agrega: “La aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, la Madre de la raza india, la Virgen de la Independencia y de la Patria, se apoya en una creencia piadosa; la Asunción de María al cielo se apoya en una creencia piadosa, y hay muchas otras creencias piadosas católicas; mas toda creencia piadosa es muy sabia, sobre hechos muy graves, muy prudente y apoyada en robustos fundamentos”.)

Tan robustos fundamentos afianzan el hecho guadalupano, que después de examinadas muy de propósito las más fuertes y modernas objeciones en Roma bajo la mirada sapientísima de León Trece, el gran pontífice otorga para el 12 de diciembre nuevo oficio especial en que se narra el milagro, y autoriza

la triunfal coronación de la Virgen en 1895. Este suceso memorable, que congrega a ilustrísimos mitrados de todos los rumbos de América, cierra el siglo diecinueve con una apoteosis del plebiscito nacional.